

Defendeos de los que quieren hacer de la solidaridad que os une una «masonería» o que quieren utilizarla como una tapadera a sus indecencias.

Defendeos de todos los parásitos que se conforman con gozar ruidosamente de la fama de honradez adquirida por los demás, dilapidándola. Muy fabulosa tuvo que ser aquella herencia para haber resistido tanto tiempo a sus maniobras. Los que la constituyeron trabajaron de la verdadera manera, es decir, que estuvieron acumulando poco a poco y sin desanimarse nunca el esfuerzo de los padres e hijos hasta formar estas familias cuyos apellidos tienen ahora resonancias de honradez... y el conjunto de estas familias constituyó por fin una raza.

Ser digno descendiente de aquellas familias es mostrarse conservador de ese tesoro ancestral. ¿Quién sabe si algún día no os lo vendrán a pedir a doble precio de su valor actual? Los inventos y progresos de las ciencias humanas han sido tan extraordinarios desde la guerra, que la humanidad está alcanzando una potencia tal que pronto se la podrá comparar con la de la Naturaleza. Y sin embargo, esta potencia extraordinaria no ha conseguido aún hacer reinar la felicidad sobre la tierra. La razón está en que estas ciencias humanas han hecho de los individuos unos «dioses» sin haber esperado siquiera a que llegaran a ser «hombres».

Quizá no esté lejano el día en que habiendo olvidado las características del hombre se busque por todas partes una muestra auténtica. Bueno y beneficioso para la humanidad sería entonces que existiese en una parte del mundo un rinconcito privilegiado donde se hubiera conservado intacto el tipo de hombre que Dios, un día, hizo a su imagen y semejanza.

Ya veréis cómo al fin la humanidad tendrá que llegar a esto.

Decidme ahora. ¿No os parecería hermoso que este rinconcito fuera vuestro «txoko»? Pues no es imposible que así fuera..., el camino está trazado. ¿Los medios de alcanzarlo? Cada uno los encontrará fácilmente interrogando a su conciencia. (En cualquier caso, no permitáis que esta contestación os venga de uno que está escribiendo desde su despacho de París).

No os preocupéis, pues, en saber si los inventos del modernismo no os llegan más que de «segunda mano». Dejad humildemente que los experimenten los demás, las experiencias son a veces peligrosas —especialmente las de orden espiritual— y vosotros no podéis correr el riesgo de destruirlos. Si se destruyen los demás o sencillamente se pervierten, vosotros bien escondidos y preservados en los valles del país vasco les estaréis preparando el bálsamo que les curará de todo. Estaréis conservando lo que ha sido la verdadera riqueza de la humanidad, hasta ahora. Debéis comprender que en el actual desorden del mundo tanto mérito tiene conservar lo que de elevado se posee, como crearlo.

No os dejéis influenciar tampoco por los que (preferentemente después de las doce de la noche) cacarean: «Somos la raza más antigua del mundo... somos...» No fueron ellos quienes crearon el país vasco..., lo encontraron hecho y sin embargo son ellos los que se apoderan de las faenas de los antiguos pescadores de ballenas con el propósito de contarlas con voz quejumbrosa y de terminar sus relatos con frases de reproche y de desdén para la juventud. Hoy en día ya no hay hombres así... Sólo omiten un detalle de bastante importancia..., tampoco hoy hay ya ballenas.

Pero si la de Orio fue la última en arponerse en el Cantábrico, los hombres no por eso se quedaron inactivos.

Como pescadores de bacalao reemprendieron el camino de sus antepasados que jalonaron de nombres vascos las costas (y los cementerios) de Terranova. Las mismas regatas de traineras perpetúan el esfuerzo de los hombres del mar y sé de muchos chicos renterianos que exhiben en Puntas de San Juan una musculatura digna de los remeros antiguos. Verdaderamente no es culpa de ellos si estos riesgos que resucitan a la tradición (traineras, aizkolaris, barrenadores, etcétera) se desarrollan en un ambiente de hipódromo. Aquellos no son más que los hijos respetuosos de estas familias, amigos o vecinas de generación en generación y que durante los atardeceres de verano, de un lado a otro de las calles de Santa María o de Sancho-Enea se interpelan por las ventanas para charlar o bromear un rato. Ahí es donde encontraréis la tradición, no esperéis encontrarla sentada en un trono, sino estrechamente mezclada a una realidad cotidiana y activa.

Confío en que los hijos de aquellas familias sabrán perdonar la osadía de mi artículo. Si por desgracia me equivoco, les ruego consideren que yo soy «un amigo» y no «un cortesano».

Si por contra me dieran la razón extrañándose además de mi aparente perspicacia, tengan en cuenta que la conseguí, desde luego, después de un largo trato con ellos, pero, sobre todo, a costa de mucho amor.

En París, a 14 de mayo de 1961.

CLAUDE BREGHEON

Cosas de Paco

Sólo Dios sabrá los destrozos que en los idiomas de Cervantes y de Aitor lleva causados nuestro amigo Paco, porque de tanto mezclarlos en su nervioso e incansable hablar la verdad es que «anda a tortas» con los dos. El, que al referirse lo mismo a la cuestión social, las sidrerías, las «Magdalenas», la religión o cualquier otra cuestión, propugnaba por la *revolución genuina*, hablando en euskera le llama bota al *zato* y K. O. al *muturreko*, (presumió de entrenar al campeón de España de todos los pesos), y en castellano aplica *itzuli* por escapar y *landares* por plantas.

Sucedió en una excursión del Urdaburu. Fuimos de víspera a prepararlo todo, a pesar de que nuestros amigos navarros prometieron hacerlo ellos. Como siempre, trabajaban unos pocos, mientras «unos muchos» se dedicaban a conocer el pueblo a través de las vistas que proporcionan los mostradores. En una cuadra, prestada con enorme voluntad por su dueño, alguien suda serrando las tablas que han de servir para altar en la misa de mañana, allá arriba, en el monte.

Aparece Paco, —brillo de victoria en la mirada y cabellera encrespada—, observa el trabajo y asegura que el suyo no ha sido manco tratando de ablandar el filete que le dieron en la fonda San Miguel: —«Se me han nekau las mandíbulas.» Sobre esto del trabajo se le ocurren atinadísimas reflexiones de lo mal repartida que Dios dejó las tareas al hombre en este mundo: «Unos beti lanian, y otros beti de juerga,» y para terminar, resumiendo su disertación —esta vez en el más puro castellano— pontificó así:

—«Yo siempre lo he dicho: aquí no hay más agrimensura que la epopeya heterogénea.»

Y salió, rauda, en busca de su cuadrilla.